

La doble vida de Martina



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

Alquien por aquí ha visto alguna vez a Martina?

Seguro que si os la hubierais cruzado por la calle lo sabrías, porque cada vez que Martina salía a la calle, la gente la miraba de reojo y procuraba andar más deprisa. Las viejas bajaban la cabeza para evitar cruzarse con su mirada, los tenderos se apresuraban a remover sus productos disimulando que no la veían, y los vecinos que la conocían, disimulaban abrochándose los zapatos. El caso es que en todo el trayecto que Martina hacía desde su casa a la escuela, nadie le dirigía nunca la palabra. Y lo mismo ocurría cuando llegaba a clase.

Los niños y niñas de su clase estaban hartos de sus maneras. No les gustaba nada que no les respondiera cuando le hablaban. Les molestaba que ni siquiera se dignara a saludarlos, y se enfadaban cuando en un cumpleaños le ofrecían un trozo de tarta y ella no daba ni las gracias. Tampoco les gustaba que no quisiera jugar con ellos cuando tenían que crear equipos, y les sentaba mal que prefiriera hacer los trabajos sola, antes de ayudar a algún compañero que se lo pedía.

Lo cierto es que todo el mundo pensaba que Martina era la niña más antipática y desagradable del mundo, pero lo que nadie sabía, era que en realidad era muy tímida.

Lo era tanto, que solo de pensar en hablar con alguien, se le encogía el estómago y sentía una inquietud en el pecho que no la dejaba respirar. De pronto se quedaba sin aire, y así era imposible que le salieran las palabras. Además, si por casualidad alguna palabra hubiera conseguido salir, seguro que se habría convertido en humo por culpa del ardor de sus mejillas. Parecía un tomate.

De aquella manera comprenderéis que era imposible que Martina pudiera relacionarse, y a medida que pasaba el tiempo, se fue quedando cada vez más y más sola.

— ¡Venga! Vístete que llegaremos tarde a la fiesta de cumpleaños de tus primos — Le dijo un día su madre.

Pero Martina en vez de fiesta y pastel, tan solo imaginaba las miradas de niños y niñas que no conocía.

¿Y si se me cae el pastel? ¿Y si no soy suficientemente simpática? ¿Y si alguien me invita a jugar y no sé? ¿Y si hago el ridículo? ¿Y si se ríen de mí?

Aquellos pensamientos eran suficientes para que a Martina le subiera de nuevo la inquietud y empezara a sonrojarse. De hecho, era mucho más sencillo que la gente continuara pensando que era una chica antipática, así que dejó que su madre explicara a sus primos que no le apetecía ir a su fiesta.



Martina cada vez pasaba más y más horas encerrada en su habitación. Pero lo que nadie sabía, era que en realidad Martina tenía una doble vida.

Todo comenzaba cuando se acostaba. Tan sólo tenía que cerrar los ojos para convertirse en una niña que charlaba y tenía un montón de amigos. En sus sueños no paraba de jugar, cantar, bailar y explicar todo lo que le pasaba por la cabeza. Mientras dormía podía convertirse en cualquier cosa, y si una noche era una pirata, el otro se convertía en vendedora de perfumes, narradora de cuentos o incluso la escogían como delegada de clase. Martina era la persona más amable y decidida del mundo en sus sueños, y nunca ninguna palabra se le quedaba atrapada en la garganta. Pero cuando se despertaba, otra vez la desazón del pecho le impedía ser todo lo que quería y volvía a ser aquella Martina antipática. Hasta que un día, algo terrible hizo que todo fuera diferente.

Todo comenzó cuando la profesora anunció que toda la clase marcharía dos días de convivencias. ¿Cómo lo haría para soportar dos días rodeada de gente con la que era incapaz de comunicarse? Pero por más que gritó y suplicó, sus padres le dejaron claro que debía ir.

— ¿Qué es lo peor que te puede pasar? — Le preguntó su madre mientras la acompañaba al autocar.

A Martina se le ocurrían un montón de cosas horribles, tan espantosas que en ese instante no habría sabido decir cuál era la peor. Pero hizo de tripas corazón y sin decir nada, ni mirar a nadie, se sentó en un asiento del autocar que, obviamente, nadie quiso compartir.

El viaje fue largo, y una vez llegaron a la hermosa casa en medio del bosque, no quiso jugar, no compartió la merienda, se negó a participar en el juego de noche, y eligió la litera más apartada de todas.

El día fue pasando y Martina se lo pasó observando como todo el mundo se divertía y se lo pasaba súper bien. ¡Claro que le hubiera gustado formar parte de la diversión!, pero sabía que su inquietud no la dejaría, así que todo lo que podía hacer era esperar hasta la hora de ir a dormir.

Finalmente llegó la hora de acostarse y cuando cerró los ojos Martina soñó que jugaba con sus compañeros tal como había visto que hacían entre los pinos. Se imaginó a ella misma cantando con el resto, ganando el juego de noche, y contando cuentos alrededor de la hoguera. Soñó todo aquello y cuando se despertó vio un montón de rostros que la observaban.

— ¿Cómo acaba el cuento? — Preguntó un niño muerto de curiosidad.

— ¿Dónde has aprendido esta canción? — Pidió otro.

— Si volvemos a hacer un juego de noche querrás formar parte de mi equipo? — Añadió un tercero.

Martina no entendía nada de lo que estaba pasando, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo, vio que sus compañeros le hablaban.

Por un instante sintió como el calor le volvía a subir al rostro, pero al fijarse en las miradas de unos y otros, no le pareció que se rieran de ella. Al contrario, todo el mundo la miraba amable y con ganas de saber más.

— Has hablado en sueños y nunca te habíamos oído decir tantas palabras.

De repente Martina comprendió que, de alguna manera, todo el mundo había visto realmente como era y parecía que les gustaba.

Entonces, intentando no hacer caso a sus mejillas que ya empezaba a sentir como se enrojecían, hizo un esfuerzo por hablar.

— No recuerdo qué cuento he soñado — Dijo Martina — Pero os puedo explicar otro — Añadió al cabo de una pausa.

Inmediatamente un puñado de niños y niñas se esparcieron a su alrededor dispuestos a escucharla. Entonces Martina hizo algo extraño. Cerró los ojos e intentó unir sus dos vidas. Imaginó que aún soñaba y comenzó a relatar el cuento. Después abrió los ojos y aún tuvo ánimo de salir a jugar, y con un hilo de voz se atrevió a dar las gracias cuando alguien le ofreció unas moras.



Cuando al día siguiente su madre la vio bajar del autocar, le sorprendió que Martina no le pidiera que huyeran con prisas para que nadie le preguntara cómo había ido. Esta vez estuvo tranquila y le dijo que ya sabía la respuesta a su pregunta.

— ¿Qué pregunta? — Hizo la madre extrañada.

— La que me hiciste antes de ir de convivencias— Aclaró Martina. — Ya sé qué es lo peor que me podía pasar.

Y dando un vistazo a los niños y niñas que de repente no parecían tan terribles, aclaró orgullosa.

— Lo peor que pudo pasar era seguir estando tan sola como estaba antes.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital